
LAS PALABRAS PEQUEÑAS

Poemas

*No es la primera vez que RAZON Y FE da acogida en sus páginas a la poesía. De forma excepcional y esporádica lo hace como un modo de dar cabida a la creación literaria, como otra forma de expresión cultural y como un reposo en medio de la lectura de los estudios y comentarios que nuestra revista publica habitualmente. En esta ocasión, en tiempo de Navidad, incluimos cuatro poemas de Pedro Miguel Lamet, S.J., seleccionados de su último libro aún inédito **Las palabras pequeñas**, que verá próximamente la luz, en la editorial Verbo Divino.*

*Lamet, más conocido por su labor periodística y su obra en prosa, tiene en su haber seis poemarios, que arrancan con **El alegre cansancio** (Agora, Madrid, 1960) y culminan en **Génesis de la Ternura** (Adonais, 1986), obra ésta que obtuvo un notable reconocimiento de la crítica. Perteneciente a la llamada generación del «posconcilio», es además Premio Enrique Ferrán, de la revista **El Ciervo** y Premio «Alforjas para la poesía». Hemos solicitado del poeta una breve introducción para encuadrar estos poemas.*

Pedro Miguel Lamet

Marco imprescindible a cuatro poemas

LA cita de un verso del poeta jesuita Juan Bautista Bertrán —«Hoy para hablarte necesito las palabras pequeñas»—, nos sitúa en el umbral de este libro, que intenta cantar lo pequeño, y hasta incluso lo olvidado y prosaico, en dos vertientes: la vida cotidiana y el Evangelio. La primera parte vuela bajo, contemplando objetos y detalles que se convierten en sacramento, por obra y gracia de su propia entraña poética tantas veces olvidada. De esta primera mitad del libro, encontrará aquí el lector dos poemas: «El visillo» y «A la manta de enfermo de Pedro Arrupe». Dos pedazos de tela, uno cubriendo la ventana, y otro acompañando la tragedia humana y espiritual de un excepcional personaje, bien conocido para los lectores de esta revista, se convierten en trasunto de realidades más profundas y evocadoras, demostrando que no sólo el agua, el pan y el vino pueden ser materia de sacramento. ¿Cuántas pequeñas cosas de nuestra vida están esperando de nuestra atenta sensibilidad la posibilidad de abrirnos a un mundo de sugerencias no ajeno a la fe y al sagrado resplandor que aletea detrás de todas las cosas?

La segunda parte de *Las palabras pequeñas* se concentra en alguien que da la completa estatura del hombre, Jesús de Nazaret. Pero lejos de cantar los pasos conocidos de su vida, que ya, de tan rumiados, pueden resultarnos hasta tópicos, se centra también en las facetas inéditas, inadvertidas y pequeñas que necesariamente hubo de constituir su quehacer cotidiano. De esta segunda mitad del libro se incluyen aquí dos formas insólitas de contemplarle: en convivencia adolescente con su Madre, a través del cántaro de María; y durante un reencuentro distinto con la Navidad, desde la sensibilidad de un Jesús adulto, que regresa a Belén, por cumpleaños, a meditar junto al pesebre su propio increíble y despojado nacimiento.

Sirvan estas palabras como marco e introducción a unos poemas que se inscriben dentro de un contexto más amplio, pero que deben hablar por sí mismos, más allá de todo comentario, si es que realmente llegan a rozar la deseada y nada fácil inefabilidad poética.

P. M. L.

EL VISILLO

PARA filtrar el alma han colgado el visillo
que deja al sol pasar y oculta la mirada
inundando la estancia de claridad lechosa.

*Los contornos son tibios, los colores, fraternos
y la vieja madera se arrebola y se aniña.
Un mundo de pisadas se adivina en la acera,
cuando, ya atardecido, se barrunta la vida
desde el andar sin rumbo de la cansada calle.*

*¡Oh, si al pasar de pronto, una mano corriera
el sutil cortinaje y el hogar fuera entero
del pobre, del perdido, del triste caminante!*

*Pero el visillo tiende la frontera terrible:
un abismo insondable entre el dentro y el fuera.*

**A LA MANTA DE ENFERMO
DE PEDRO ARRUPE**

*Agazapada y quieta, con la dócil blandura
de un animal querido, ¿qué secretos escondes?
¿Nueve años de enfermo o la gloria perfecta?*

*Sobre la lana a cuadros dos manos de un amigo,
aquellos dedos largos con palidez de muerte,
dos palomas torcidas por un rayo de sangre
que arrullaban al mundo en su regazo abierto.*

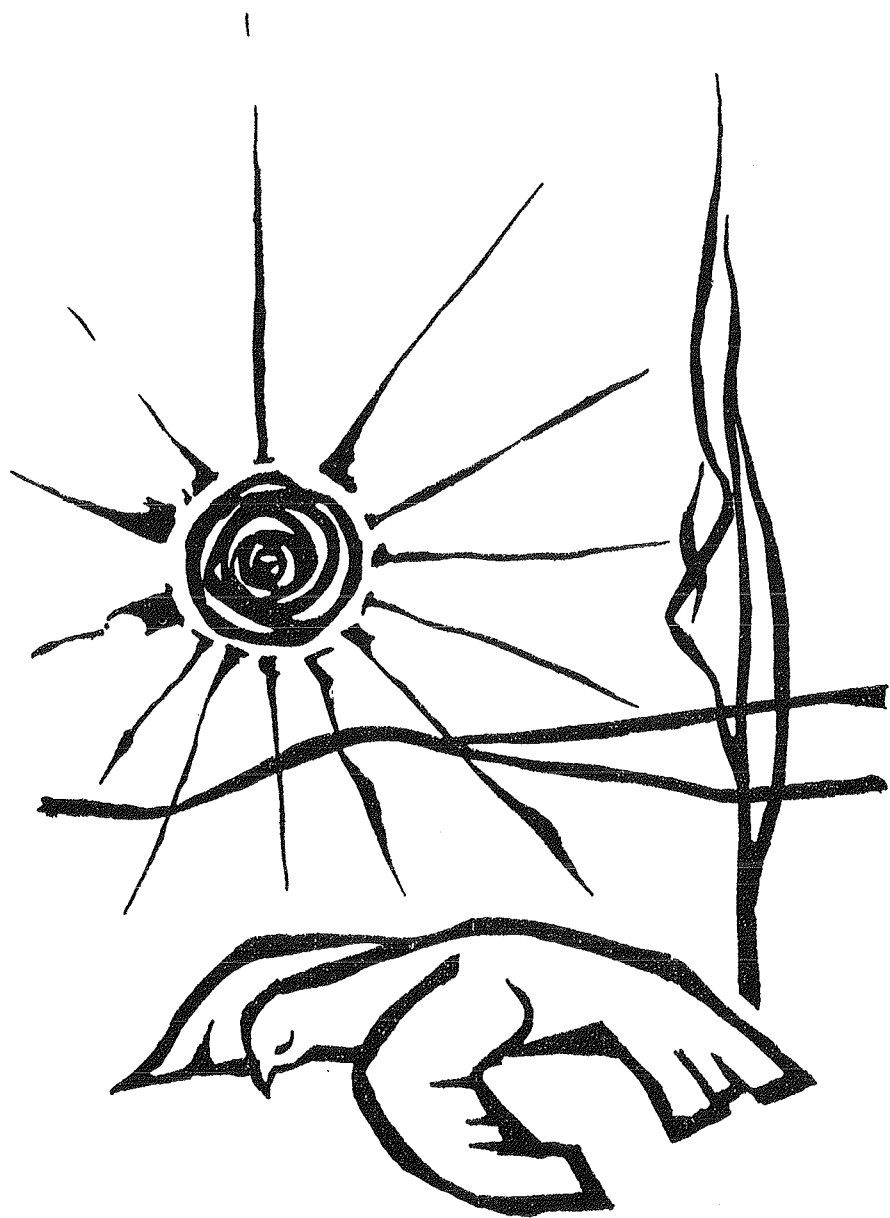
*Con el cuello quebrado y la mirada ardiente
y la gracia asomada a un rostro en la parálisis,
¿quién dijo que la cruz no puede ser sonrisa?*

*Tu piel transparentaba, perdida en el vacío,
la blancura sin fin de otras blancas paredes.
Tu corazón latía con el pulso del cosmos.
Oriente y Occidente añoraban tu abrazo,
tu palmada en el hombro, tu voz de compañero.*

*¡Qué huérfanas las sombras de tu fuerte palabra!
¡Qué habitado silencio se abría en tus pupilas!
Te arrancaron pedazos del alma peregrina,
te dejaron sin nada para llorar a solas...*

*Y la antorcha de Dios, bajo tanto abandono,
como un ardiente cirio de ti se traslucía.
Poderes de este mundo y púrpuras de Iglesia
ya son sólo cenizas en sombras de Hiróshima.*

*En Japón te ha añorado, atónito, un nenúfar,
cuando en San Pedro tañen a muerte las campanas.
¡Ay, Pedro, quién pudiera tenderse como un perro
a tu pie de caudillo vaciado del presente
y ser, como tu manta, un dócil instrumento,
la «ignaciana librea» de amor a Jesucristo!
ismo insondable entre el dentro y el fuera.*



EL CANTARO

A media voz de agua, desde el rincón sombrío
cuando el verano seco caía sobre el techo
o chillaba de sol en las desiertas calles,
el cántaro me hablaba junto al arcón que madre
tenía para la ropa con perfume de campo
en la esquina de siempre, desde aquel mismo día
en que aprendí a mirar.

*Acaricié su tierra que rezumaba a solas
un tiempo ya perdido,*

*cuando, niña todavía, lo llevaba a la fuente
compitiendo entre risas con las otras muchachas.
¿Qué edad tendría ella entonces?
La del jazmín que crece a la sombra del porche.*

*Era leve y delgada, con color de aceituna
como un junco del río movido por la brisa
y asomaba a sus ojos como a dos prisioneros
que anhelaran el vuelo.*

*Derramada en su espalda, una trenza morena
caía con frescura como de un manantial.
¡Oh qué linda aldeana
para mirarla a solas, escondido quizás,
detrás del sicomoro!*

*¿Y qué mundo en pequeño guardaba en aquel cofre
entre hebras de lino y agujas misteriosas?
Fue creciendo en la niña la mirada de madre
y dicen que en el alba de un día luminoso
le visitó una voz que le andaba por dentro.*

*Ahora lleva la lumbre del andar con ventanas
y en sus párpados grandes hay un «sí» que se asoma
al amor de sus labios cuando está silenciosa.*

*Y comentan las viejas, murmurando en la plaza:
«¡Fíjate la María, si apenas ha cambiado:
es igual que una hoja de palmera en estío!*

*No tenemos que hablarnos.
¡Qué penumbra saberla trajinando allá sola
entre olor de pucheros*

*a la hora cansada del volver del trabajo!
Ella pone la mesa con un rito preciso
igual que la doncella de un sátrapa oriental
y cose mis camisas como si algún brocado
naciera de sus dedos...*

*Y mientras, todo pasa.
Y mientras, todo llega.
El amor huele a nombres sonoros y cercanos:
tahona, pan, gabeta, aceituna y azmicle,
alacena, lebrillo, mostaza, delantal.
Ser feliz es que exista
detrás de los minutos. Aún no sé qué la tiene
sostenida en el aire
o qué raro trasvase desanda sus caminos
y me inundan a mí.*

*A veces en las noches de invierno, solitaria,
la sorprendo en secreto como rumiando
a sorbos un dolor conocido
o envuelta entre las nubes de dormida tormenta.
Cuando me ve, se ríe: «No es nada, ya lo sabes,
recuerdos de José».*

*Pero en sus grandes ojos, como valles en sombra
vuelan pájaros negros inundados de luz.
Miro entonces el cántaro que han tocado sus manos
y me sé como un agua que ella osó derramar.*

BELEN POR CUMPLEAÑOS

E*L cielo rezumaba un diciembre de estrellas
extasiadas,
cuando él dijo volviéndose a los suyos:
«Me voy solo. Ya la noche es espesa
y el descanso os rinde la mirada».*

*Se fue blanco, con la melena al viento,
por el camino chico que baja en la ladera
en busca del lugar,
y el aire hablaba tibio de un relato
que su madre, en la mesa de familia,
como un frasco de esencias, conservara.*

□ □

Las palabras pequeñas

Poemas

*«Todo fue como un sueño en medio de la angustia
de no encontrar un sitio porque vieras la luz»,
le dijo ella, aquella niña que dejara la cuna
en balanceo, al golpe de un edicto,
y las gavetas limpias, perfumadas,
con pañales bordados de su mano.*

*«Tú me dabas la fuerza desde dentro.
Pero el mundo era oscuro como la boca abierta
de un enorme animal. Venías a los tuyos
y ellos no quisieron ofrecerte un abrigo
aquella noche.»*

*Cuando Jesús miró desde la altura
la vieja cueva, tan pobre,
agazapada detrás del altozano,
sus ojos admiraron la grandeza
de un valle desplomado sobre el mundo
pintado de rebaños lejanos y pastores
bajo el gélido beso de la luna.*

*«Aquí es», se dijo, y cerrando sus ojos
se sentó en una piedra junto al hueco
secretamente oscuro
donde por vez primera despertara
al sabor de las lágrimas.*

*¡Qué sol repicaría en los ojos absortos
de su madre! ¿Era aquel viento
el que sonó más tarde como un canto
de ángeles?
¿O era que el alma de la linda muchacha
iba colmando el paisaje
con la voz en arrullo de su primera nana?*

B ELEN no era un idilio. Fue una joven pareja
de gente a la deriva, un sabor a destierro
al margen de los hombres, un miedo a no saber,
un abrirse las carnes en la tierra desnuda
cuando el calor es sólo patrimonio
de amores instalados.

*Puso su mano sobre la tosca piedra del pesebre
que había sido su cuna, y dentro de ella
sintió que se rasgaba el universo
con todos los sollozos de los niños*

*que nacieron después
y los níveos abrazos de las madres
que parieron la lumbre desde entonces.*

*«Yo soy la luz», pensó. «Y Belén no es ese sueño
sino una campanada que suena en la pregunta
de quien nace, cualquiera sea su edad,
por lo secreto.»*

*Tocó la paja de un oro desgastado,
le alcanzó a las papilas el hedor de animal
y sintió en su mejilla el beso recio,
el ralo cosquilleo de una barba:
José, su padre, que lloraba
tiempos de hombre al fondo de la cueva.*

CUANDO dejó el pesebre, el mundo había crecido.
Su gran figura se recortó en el fondo
de la tierra callada.

*Una esquila a lo lejos punteaba el silencio,
mientras Jesús abría sus brazos doloridos
por el peso de ser a manos llenas.*

*¿Treinta y dos años y el mundo era lo mismo?
Se llenó las pupilas con un fulgor de estrellas
que manaban de aquella boca oscura
y escuchó una vez más que dentro de su espíritu
sonaba el viejo canto, su divisa:
«Gloria Dios en lo alto y en la tierra
paz a los hombres.»*

*¿El mundo era lo mismo? El mundo es cada hombre
cuando nace, se crece, y muere, y sueña.
«De su entraña rebrota el agua viva».*

*Cuando volvió camino del poblado,
por el contorto sendero que la mula
en el cálido vientre de la madre
aquel primer diciembre lo llevara,
su propio corazón le repetía:
«Cumple años lo pobre, la gran algarabía
de abrirle los ojos a la tierra».
Y una voz, como un eco, respondía:
«Cumple años un Dios. ¡Qué nochebuena!»*